

CRISTO Y LA IGLESIA MISTERIO

Agustín en ocasiones nos propone atravesar el mar, pero hay que tener el navío apropiado para poder hacerlo y este no es otro que la misma cruz de Cristo: “¿Tienes que pasar el mar y desprecias el madero? ¡Sabiduría insolente! Te mofas de Cristo crucificado, del mismo que de lejos veías: *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios. ¿Por qué fue crucificado?* Es que te era necesario el madero de su humildad. La hinchazón de tu soberbia te echó, como cosa abyecta, de aquella patria, y las olas de este siglo te interceptaron el camino. Y no hay otro medio de llegar a la patria sino el del madero de la cruz. ¡Qué ingratitud burlarse del que viene a ti para la seguridad de tu retorno! Él es el camino, pero a través del mar, y por eso sobre El caminó, para mostrarte la existencia del camino por el mar. No puedes ir tú, como iba Él sobre las aguas. Tú tienes que ir en un navío, en un madero. Cree en el Crucificado y podrás llegar al término. Por ti fue crucificado. Quiso darte lecciones de humildad” (Comentario a Juan 2, 4). Despreciar esa cruz es condenarnos a no llegar, la cruz se constituye como el medio adecuado para llegar a la Patria, pero es también el lugar donde aprendemos la humildad, es decir, aprendemos a comportarnos con relación a Dios y a nosotros mismos, ya que la humildad no es otra cosa que reconocernos como somos y valorarnos desde Dios.

La especulación agustiniana en este campo eclesiológico nunca se presenta como algo meramente intelectual, sino que siempre trata de descender a aplicaciones concretas de los principios teológicos, en el caso en concreto se especifica en el Cristo total, que para Agustín significa no sólo que Cristo tenga una posición preeminente en la teología, sino también que es la manera de entender la eclesiología, como continuación del Jesús histórico. Es decir, el Cristo total es el Cristo presente y actuante en y con la Iglesia, ayer y hoy.

Verdaderamente la reflexión de Agustín sobre la Iglesia, se centra sobre la Iglesia como comunión. Releyendo con Agustín el misterio de Cristo y de la Iglesia no separados y paralelos, sino como un único misterio, además de descubrir fórmulas doctrinales trinitarias, cristológicas y eclesiológicas, descubriremos una Iglesia partícipe del misterio del Verbo encarnado, continuadora de su obra. El libro sobre la Trinidad ofrece el dinamismo que está a la base de la relación eterna entre el Padre y el Hijo y representa el punto de partida para entrar en la profundidad del misterio del Dios trino. El proceso metodológico instaurado por Agustín parte de la vida intratrinitaria para acoger al eterno engendrado del Padre hasta su Encarnación en el tiempo, para poder llegar al significado de la Iglesia, Cuerpo de Cristo. Se trata de un verdadero círculo de relaciones recíprocas, primero intratrinitarias y después históricas, desde el momento en el que Uno de la Trinidad asume la carne para la obra de la redención de la humanidad, sin perder su ser Dios. La Iglesia, cuerpo de Cristo es iluminada y refleja la imagen, de tal manera que en el misterio de la Iglesia es históricamente evidente la acción de los “tres de la Trinidad”. Si la ley que Cristo observó para llevar la salvación a la humanidad fue la de plasmar la propia humanidad en una obediencia perfecta al padre en el Espíritu Santo, esta misma ley será la que debe observar el Cuerpo de Cristo.

La eclesiología agustiniana es paulina y acentúa el carácter de Cuerpo de Cristo, pero a la vez es juánica por la centralidad hermenéutica que el misterio del Verbo

encarnado recobra en la comprensión de la vida de la Iglesia. La Iglesia es la actualización del misterio del Verbo y de la presencia salvífica en la historia y es definido como Cristo total. El discurso clave para entender la cristología de Agustín es el sermón 341, donde los presenta a Cristo como en un itinerario, desde el Verbo en cuanto persona divina engendrada por el Padre en el Espíritu Santo, desde la eternidad (plano trinitario); el Verbo en cuanto persona que se encarna en la plenitud de los tiempos siempre por obra del Espíritu Santo (plano cristológico); el Verbo encarnado, muerto, resucitado y elevado al cielo, que siempre por obra del Espíritu Santo vive como Cabeza de la Iglesia y en la Iglesia verdadero cuerpo suyo y por medio del cual continua su obra salvífica (plano eclesiológico). Es este el misterio del Cristo total.

La verdad que el misterio de la Iglesia custodia no es otro que la Persona del Hijo del Padre, el dador del Espíritu Santo, el Redentor universal de la historia y de toda historia, del hombre y de todos los hombres. Él es el que nos muestra quién es verdaderamente Dios y, por tanto, el auténtico revelador de Dios. Él es también el auténtico revelador del hombre, porque el Verbo encarnado es el verdadero hombre nuevo, a imagen del cual quiere el Padre que cada hombre sea recreado por el Espíritu Santo, de tal manera que cada uno logremos reencarnar a Cristo en nuestra vida y ser formados según su molde, molde que tiene María.

Que Cristo es mediador, es evidente, pero cómo lo es, resulta un poco más complejo, ya que parece que implica asumir algo que no es él: “¿Cómo hubiera podido ser mediadora esta sublimidad de la que tan lejos nos hallábamos? Para estar en el medio asuma lo que no era, mas permanezca siendo lo que era para que podamos llegar nosotros. Ved que Dios es superior a nosotros, y nosotros inferiores a él, siendo grande el espacio que nos separa; es, sobre todo, el abismo del pecado lo que más nos distancia y aleja. Siendo tan grande la distancia, ¿por dónde tendríamos que caminar para llegar a Dios? Dios permanece siendo Dios, pero se une el hombre a Dios y resulta una sola persona, que no es un semidiós, como si fuera en parte Dios y en parte hombre, sino Dios y hombre en sus respectivas totalidades: Dios liberador, hombre mediador, para poder llegar a él por él, no por otro; ni tampoco a otro, sino, más bien, por aquello que somos en él a aquel por quien fuimos hechos” (Sermón 293, 7). Esta es la identidad del redentor, pero Agustín quiere poner de relieve también la eficacia de la mediación y de la redención: “Es Dios para crear y hombre para restaurar, Dios para formar y hombre para reformar. Mirando a éste, oigamos el salmo. Atienda vuestra caridad. La enseñanza y la doctrina de esta escuela es tal, que os servirá para entender no un salmo, sino muchos, si aplicáis esta regla” (Comentario al salmo 92, 2, 1). En otro momento, hablando del paralítico, hace referencia a que necesitaba a un hombre-Dios para curar del todo: “Es curado este enfermo por el Salvador mismo en persona. ¿Qué pregunta le hace primero? *¿Quieres, dice, que te devuelva la salud?* Contesta él que no tiene hombre que le baje a la piscina. ¡Qué verdad es que tenía necesidad de un hombre para su curación!; pero tiene que ser un hombre que es Dios también” (Comentario a Juan 17, 7).

Es profundamente actual todo lo que nos propone en este sentido Agustín, por ejemplo es de admirar cuando nos habla de la posibilidad de que el hombre, una vez redimido, no tenga necesidad de Cristo, dice así: “En tu primera conversión aprendiste que antes de ella no fuiste justo, sino que precedió a ella la iniquidad; mas, borrada la

iniquidad, sucedió la caridad. Y, ya renovado en nuevo hombre, en esperanza únicamente, más no aún en realidad, aprendiste que no precedió bien alguno tuyo y que por la gracia de Dios te convertiste al Señor. ¿Quizá convertido tendrás algo propio, por lo que podrás presumir de tus propias fuerzas? Los hombres suelen decir: Déjame ya; necesitaba que me mostrases el camino; es suficiente; proseguiré mi camino. Pero el que te muestra el camino, ¿qué dice? ¿No quieres que te guíe? Tú, si eres soberbio, contestas: No, gracias; con lo indicado me sobra; caminaré. Quedaste solo, y por ignorancia, de nuevo te desorientas. Bien hubiera sido que te hubiese guiado el que te colocó en el camino. En suma, si El no te guía, de nuevo errarás el camino; dile, pues: *Guíame, Señor, en tu camino, y andaré en tu verdad*. Entrar en el camino es la juventud, es la renovación, es el comienzo de la fe. Antes andabas extraviado por tus caminos. Errando por parajes llenos de maleza, por caminos pedregosos, herías todos tus miembros. Buscabas la patria, es decir, la tranquilidad de tu espíritu, en donde pudieras decir: ¡Qué bien se está aquí!, y lo dijeres seguro, libre de toda molestia, de toda tentación, de toda cautividad; y no la encontrabas. ¿Qué diré? ¿Vino a ti el que te había de mostrar el camino? Sí; vino a ti el mismo camino, y fuiste colocado en él sin preceder ningún mérito tuyo, porque estabas extraviado. Pues bien: desde que entraste en él, ¿ya te guías por ti mismo? ¿Ya te abandonó el que te mostró el camino?” (Comentario al salmo 70, 2, 3).

El Hijo de Dios es siempre del Padre, tanto en la vida intratrinitaria, como Verbo eterno, como en la economía de la salvación, como Verbo encarnado. Esta dependencia se expresa en una vida de comunión. Por medio del único mediador de salvación, el hombre Dios Cristo Jesús, la humanidad viene recreada, porque es renovado su estatuto ontológico. Por la creación, el hombre ha sido puesto fuera de Dios y no reflejaba la imagen y semejanza que era, con la redención, obrada por el Verbo encarnado, el hombre es llevado al corazón de Dios como hijo adoptivo. Esto ha sido posible porque el único mediador de salvación es verdadero Dios y verdadero hombre. La humanidad del Verbo encarnado es el camino a través del cual Dios hace descender sobre la humanidad la vida y la verdad de la que estaba privada por el pecado, pero es también el camino por el cual la humanidad asciende a la gloria del Padre.

Todo esto tiene que ver con la reflexión que hace Agustín sobre Cristo comerciante, es decir, Cristo se ha apropiado de lo que no tenía y nos ha donado lo que nosotros no teníamos, haciendo un verdadero intercambio. Con una cierta frecuencia, Agustín, nos presenta en sus escritos a Cristo como un comerciante. Él es un mercader que viene a hacer negocios 'redondos': abandona su tierra, la patria donde lo tiene todo, y por su afán de aventura, llega a las tierras lejanas de sus sueños, a esos nuevos lugares donde piensa intercambiar sus mercancías, por otras que tal vez para estos habitantes habituados a ellas, han perdido el valor.

Este comerciante ha venido de su región, ha dejado su seguridad para sumirse en el riesgo, ha dejado su tranquilo descanso para asumir el ajeteo: “Nuestra región es esta tierra; la región de los ángeles, el cielo. Nuestro Señor vino a esta región desde aquella; vino a la región de la muerte desde la región de la vida; a la región de la fatiga, desde la región de la felicidad. Vino a traernos sus bienes y soportó pacientemente nuestros males. Traía sus bienes ocultamente y soportaba abiertamente nuestros males; se manifiesta como hombre y permanecía oculto en cuanto Dios; manifestaba su debilidad y ocultaba su majestad; se manifestaba la carne y se ocultaba la Palabra” (Sermón 229 E, 1). Se ha hecho conciudadano nuestro: “Descendió aquí a

buscar a sus ciudadanos y se hizo ciudadano nuestro. No conocíamos aquella ciudad, aquel país; y dado que no podíamos llegar allá, descendió él a sus ciudadanos y se hizo ciudadano, no compartiendo nuestro error, sino tomando nuestra ciudadanía. Bajó hasta aquí” (Sermón 16 A, 9).

Agustín insiste en cómo Cristo ha querido hacerse uno de nosotros para que no siguiésemos con los mismos pecados, sino para sanados pudiésemos participar de Él: “Pero Él tomó lo que éramos nosotros para que no permaneciéramos siendo lo que éramos; tomó lo que éramos por naturaleza, no por la culpa. Quien vino a los hombres en condición de hombre, no vino, sin embargo, en condición de pecador, aunque venía a pecadores. De estas dos cosas humanas, la naturaleza y la culpa, tomó la primera y sanó la segunda. Si él, en efecto, hubiese tomado nuestra iniquidad, hubiese buscado también él un salvador. No obstante, la tomó también para sobrellevarla y sanarla, no para tenerla, y apareció como un hombre entre los hombres, ocultando su divinidad” (Sermón 293, 5). Él, muriendo en lo nuestro, nos ha abierto el poder vivir de lo suyo, es decir, de su divinidad: “Finalmente murió, porque así convenía, para dar muerte a la muerte con su muerte. Murió Dios, para establecer un cierto equilibrio en este comercio celeste, con el fin de que el hombre no viera la muerte. Cristo, en efecto, es Dios, pero no murió Dios en Él. Él mismo es Dios, él mismo es hombre, pero uno solo es Cristo, Dios y hombre. Fue asumido el hombre, para ser transformados en algo mejor, sin conducir a Dios a lo inferior. Asumió, pues, lo que no era, no perdió lo que era. Siendo Dios y hombre, quiso que viviéramos de lo suyo y murió en lo nuestro. No tenía en qué morir, como nosotros con qué vivir” (Sermón 80, 5).

La obra de Cristo es cuestión de misericordia; viendo nuestra miseria, se compadece y se acerca, quiere enriquecer la miseria, viene a nuestra tierra desde Dios y trae sus camellos cargados con sus productos en buen estado. No viene a estafar, no debemos tener miedo alguno, viene a hacer su negocio, un negocio que no se podrá entender desde nuestras categorías humanas, sino sólo desde las categorías divinas: “¿Quién conocía el resucitar y el vivir perpetuamente? Ésta es la novedad que trajo a nuestra región quien vino de Dios. ¡Gran acto de misericordia! Se hizo hombre por el hombre; ¡se hizo hombre el creador del hombre! Nada extraordinario era para Cristo el ser lo que era, pero quiso que fuera grande el hacerse Él lo que había hecho. ¿Qué significa 'hacerse él lo que había hecho'? Hacerse hombre quien había hecho al hombre. He aquí su misericordia” (Sermón 229 H, 1). Él tomó nuestra fealdad para acomodarse a nosotros: “Al tomar la carne, tomó, por decirlo así, tu fealdad, es decir, tu mortalidad, a fin de adaptarse y acomodarse a ti y excitarte a amar la hermosura interior” (Comentario a la epístola de Juan 9, 9).

Cristo, por la Encarnación nos ha hecho nacer de Dios para ser hijos de Dios; ha cambiado lo que éramos por lo que debíamos ser: “Han, pues, nacido de Dios; mas ¿por dónde les vino ese nacer de Dios a los que habían primero nacido de los hombres? ¿Cómo, cómo fue? Y el Verbo hízose carne y habitó entre nosotros. ¡Trueque admirable! Él se hace carne y éstos se hacen espíritu. ¿Qué significa esto? ¡Oh bondad, hermanos míos! Levantad el ánimo, sin embargo, a esperar y recibir cosas mayores. No queráis entregaros a las malas pasiones del siglo. Fuisteis comprados a mucho precio; por vosotros se hizo el Verbo carne; por vosotros, quien era el Hijo de Dios, hízose hijo del hombre, a fin de que los hijos del hombre fuerais hechos hijos de Dios. ¡Lo que era él y lo que se ha hecho! ¡Lo que erais vosotros y lo que habéis sido hechos! Era el Hijo de Dios, e hízose hijo del hombre; erais vosotros hijos de hombres, y fuisteis hechos hijos de Dios. Tomó de nosotros nuestros males para comunicarnos sus bienes” (Sermón 121, 5).

Sin duda alguna Cristo se encontraba bien en la región de la vida, en el lugar de la felicidad permanente pero, por su vocación de comerciante, por su locura de amor, se dignó venir a la región de la muerte, de la infelicidad. De todas las maneras no nos conviene olvidar

que él ha venido a hacer sus negocios, ha venido a hacer sus compras. Normalmente cuando una persona emigra de su país y se va a otro, lleva consigo sus costumbres, su manera de vivir y de hacer; son pocos los que se 'encarnan' plenamente en el nuevo ambiente y olvidan, o al menos no tienen en cuenta, su lugar de origen; son pocos los que se desarraigan, los que se hacen una misma cosa con la nueva gente. También Cristo no sólo ha traído las costumbres de su tierra y nos las ha comunicado en pequeñas dosis sino, a la vez, Él ha sabido acomodarse en todo. Lo suyo sí que es encarnación. Él ha venido de forma original, ha compartido plenamente lo que teníamos, ha sabido asumirlo todo, y nos ha enseñado lo que no teníamos, ni podíamos siquiera sospechar: “Nuestra raza, es decir, la raza humana, conocía dos cosas: el nacer y el morir. Para enseñarnos lo que no conocíamos, tomó lo que conocíamos. En la región de la tierra, en nuestra condición mortal, era habitual, absolutamente habitual el nacer y el morir; tan habitual que, así como en el cielo no puede darse, así en la tierra no cesa de existir” (Sermón 229 H, 1).

El Señor nos ha enseñado lo que es resucitar y así nos ha sacado de nuestra ignorancia: “Conocías el nacer y el morir, dos cosas de las que está llena la región de los mortales. ¿Qué es lo que abunda aquí, en toda carne, sino el nacer y el morir? Esto lo tiene el hombre en común con las bestias; llevamos una vida, pues, común con la de los animales; nacemos, hemos de morir. Pero aún no conocías el resucitar y subir al cielo. Dos cosas conocías y otras dos ignorabas; él tomó lo que conocías y te mostró lo que ignorabas: sufre lo que él tomó y espera lo que te mostró” (Sermón 279, 8).

Es un camino original el que implanta con su venida. Desde lo que somos, es decir, asumiendo, haciéndose uno con lo nuestro, quiso comunicar lo que no teníamos. Es claro que el hombre no conoce nada más que el lenguaje humano y él, se hace hombre para comunicarnos en nuestro propio lenguaje lo que él vivía en su región, lo que es vital en la Trinidad. Vino a traernos sus bienes, los que él tiene y de los que nosotros carecemos y, para lograr comunicárnoslos, asume nuestros males: “Tomó de nosotros lo despreciable, nos dio lo grandioso; tomó nuestro mal, nos dio su bien; tomó la muerte, nos dio la vida; recibió aquí afrentas, nos dio honor; recibió aquí la cruz, nos dio el descanso. ¡Cuántos males recibió de nosotros! ¡Cuántos bienes nos otorgó!” (Sermón 140 A).

Esta actitud es una lección permanente para nosotros. Cristo nos enseña que no es el camino de comunicación el encerrarnos en nuestras verdades y que nuestros bienes no son los únicos. Deberíamos aprender, de la actitud de encarnación de Cristo, a asumir todo lo de los demás para después poder comunicar lo nuestro. Éste se presenta como el camino inteligente y con unas enormes consecuencias prácticas. Para que nos acepten nuestras verdades hemos de estar habituados a aceptar las de los demás. Para Agustín lo que el hombre conoce desde el comienzo es la fatiga y la muerte. Los niños al nacer lloran todos. Siendo el hombre capaz de risa y de llanto, ¿por qué entra en esta vida acompañado del llanto y no de la risa? (cfr. Sermón 167, 1; Comentario al salmo 125, 10; Ciudad de Dios 21, 14). Comenzamos llorando, dice Agustín, porque al nacer todos nos encontramos con nuestra desdicha (cfr. Sermón 189, 3). Aun no habla el niño y ya es profeta de sus sufrimientos y temores futuros (cfr. Sermón 167, 1). Esto es lo que encontramos en nuestra tierra, la región de la fatiga. Agustín se esfuerza por poner de relieve los grandes dones que nos trae y todo a lo que renuncia; lo propio de aquí es desolación y enfermedad, es decir, el fruto de la miseria y esto lo asumió y te invitó a que tu pruebes los alimentos de su región: “¿Qué encontró El en la región de tu muerte? Pon atención: viniendo de otra región, aquí no halló más que lo que abunda aquí: fatigas, dolores, muerte: ve lo que tienes aquí, lo que abunda aquí. Comió contigo lo que abunda en la despensa de tu miseria. Aquí bebió vinagre, aquí tuvo hiel. He aquí lo que encontró en tu despensa. Pero te invitó a su espléndida mesa, la mesa del cielo, la mesa de los ángeles, en la que el pan es él mismo. Al descender y encontrar tales males en tu despensa, no sólo no despreció tu mesa, sino que te prometió la suya” (Sermón 231, 5).

Es un hecho que Cristo ha venido de aquellas lejanas tierras, pero ¿qué es lo que le mueve a realizar este viaje? Según Agustín el hombre vivía a la deriva, su salud era precaria y su casa amenazaba ruina por todos los costados, en su suelo sólo existía muerte. Precisamente esta realidad, desconocida en su región, es lo que le anima a venir: “¿Acaso nuestro Señor Jesucristo, cuando vino hasta nosotros en la carne, encontró aquí, en nuestra región, esta salud? (está hablando de la salud de la salvación). Cosa grande la que nos trajo este mercader cuando vino de su región; pero en nuestra región encontró lo que aquí abunda. ¿Qué abunda aquí? El nacer y el morir; llena está la tierra de estas mercancías: del nacer y del morir” (Sermón 233, 4). Y él no se conformó con tomar aquí lo que había sino que lo cambió por otras cosas que trajo de su patria: “El resucitar y vivir eternamente no lo había acá. Halló viles mercancías terrestres, y trajo consigo los peregrinos géneros celestes. Si el morir te causa espanto, ama la resurrección” (Sermón 124, 4). A partir de ahora, aunque sea en pequeñas dosis, podemos encontrar vida y gozo en nuestra tierra: Cristo nos lo ha traído.

Cristo estableció el comercio entre lo que conocía el hombre y lo que Él tenía. El hombre no tenía de dónde conseguir la vida y Él no tenía dónde sufrir la muerte. El dónde morir era nuestro y el dónde vivir era suyo. Cristo quiere hacer el intercambio: regalar vida y asumir nuestra muerte: “Tomé de ti dónde morir por ti, toma de mí dónde vivir conmigo. Hagamos un contrato comercial: yo te doy a ti y tú me das a mí. Yo recibo de ti la muerte, recibe tú de mí la vida. Despierta, mira lo que te doy y lo que recibo. Siendo excelso en el cielo, he recibido de ti la humildad sobre la tierra. Soy tu Señor, y he recibido de ti la forma de siervo. Soy tu salud, y he recibido de ti tus heridas. Soy tu vida, y he recibido de ti la muerte. Siendo la Palabra, me hice carne para poder morir. Junto al Padre no tenía carne; la tomé de tu mesa para hacerte un don... Recibí de ti la carne en que morir por ti; recibe de mí el espíritu vivificador de que vivir conmigo. Para acabar, he muerto en lo tuyo, vive tú de lo mío” (Sermón 375 B, 5).

Nuestra pobreza era absoluta ya que no teníamos de qué vivir; esto es don del mismo Cristo, que nos lo ha ganado con su morir: “Conocíamos el morir, pero no teníamos de dónde vivir. Habíamos quedado en pobreza en esta tierra. Esto suele decirse de los que son extremadamente pobres: 'Es tan pobre que no tiene con qué vivir' Así nos hallábamos todos, tanto los pobres como los ricos. En efecto, tampoco tiene con qué vivir el rico que desconoce la vida eterna... Nosotros los hijos de los hombres, mortales, débiles, necesitados, hinchados, ambiciosos, verazmente tristes y vanamente alegres, no teníamos con qué vivir ni él de qué morir. ¿Qué recibió de nosotros? ¿Qué nos otorgó? Recibió de nosotros en qué morir y nos dio con qué vivir. Pues la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros. Siendo Hijo de Dios, se hizo hijo del hombre. Sintió hambre para alimentar, sed para saciar; durmió para despertar, se fatigó en el camino para darse como viático a los fatigados; finalmente, fue deshonrado para honrarnos y murió para darnos la vida” (Sermón 299 F, 1).

Este comercio realizado entre nuestra miseria y su grandeza, produce en nosotros la grandeza. Desde que Él se dignó aparecer entre nosotros, todo hombre se convierte en algo sagrado por el cual Cristo ha muerto; comienza con ello el hombre a ser rico, comienza el hombre a poder vivir: “La Palabra no tiene dónde morir por ti; convenía que Cristo muriese por ti; pero no tenía la Palabra donde hacerlo, puesto que es la vida en su simplicidad... ¡Cuán lejos estaba la muerte! En consecuencia ¡qué misericordia! María era, ciertamente, del género humano; era virgen, pero hombre; santa, pero hombre. Pero el Señor, la Palabra unigénita, tomó por ti lo que ofreció por ti. Lo tomó por ti, pero no sino de ti, puesto que no tenía en sí dónde morir por ti. Ni tú tenías de dónde vivir ni él en dónde morir. ¡Oh trueque grandioso! Vive de él, puesto que él murió en lo que recibió de lo tuyo” (Sermón 265 D, 7).

Como vemos con el cambio hemos salido beneficiados; pero además, la carne que recibió de nosotros era un don suyo y la vida, gracias a la cual vivimos con él y en él, no la tomó de nosotros, por tanto, todo es gracia suya, aunque aparentemente nosotros también damos

algo: “Realizó, pues, con nosotros un admirable comercio en base a una mutua participación: el dónde morir era nuestro, el dónde vivir era suyo. Pero la carne que tomó de nosotros para morir él mismo la otorgó, puesto que es el creador; la vida, en cambio, gracias a la cual viviremos en él y con él, no la recibió de nosotros” (Sermón 218 C, 1).

Cristo es un comerciante honrado: lo que compró lo pagó, y lo pagó a un precio elevado, su propia sangre: “Gracias a Dios no nos engañó” (Comentario al evangelio de Juan 13, 14). Vino como un amigo, no le pareció ignominia sentarse a comer con el hombre y participar de lo que abundaba en su miserable despensa. Como contrapartida invitó al hombre a su propia mesa, es decir, no despreció la miseria del pobre, pero le prometió su riqueza: “Os invito a la región de los ángeles, a la amistad con el Padre y el Espíritu Santo, a la cena eterna, a ser hermanos míos, a mí mismo; os invito a mi vida. ¿No lo creéis creer? Recibid en prenda mi muerte” (Sermón 231, 5).

Este comerciante nos compró, y pagó por nosotros su mismo ser. Ahora le pertenecemos. Ésta es la gran responsabilidad del hombre, el gran misterio: tiene dueño, marca registrada, denominación de origen. El hombre es de Dios. Ha gastado en nosotros su propia hacienda humana, todo lo que tenía como hombre lo ha invertido en hacer esta compra, ¡cuánto valemos para Dios! Con tal de que fuésemos nosotros mismos, dejó él de ser; con tal de que viviésemos, quiso él morir. Éste es el pacto que ha hecho con nosotros, en lo más profundo de nuestro ser llevamos grabado el documento que dice a quién pertenecemos, también Cristo tiene una copia actualizada de la compra. Desde ahora ya sabemos lo que valemos. Nos ha tasado tan alto que sólo Él tiene lo suficiente para poder comprarnos. Por nuestra parte, si esta es la tasa, no es justo que nos valoremos menos y nos vendamos al mejor postor. No eran nuestras mercancías baratas las que venía a comprar. Se interesaba por nosotros mismos. No son las cosas del hombre las que Dios quiere, sino el hombre mismo: “¡Oh Mercader bueno, cómpranos! Mas ¿qué digo cómpranos, si más bien debemos darte gracias por habernos comprado? Y ¡a qué precio! Al precio de esa tu sangre que bebemos... Sí; nos das el precio... El evangelio que leemos es nuestro instrumento. Siervos tuyos somos, criaturas somos tuyas, porque nos hiciste y nos redimiste. Un esclavo puede comprarle cualquiera; lo que no puede es crearle; el Señor, en cambio, creó y redimió a sus siervos” (Sermón 130, 2). Ha comprado nuestra felicidad y nos ha demostrado que sólo en su región se encuentra y que es necesario buscarla allí: “La felicidad sólo se encuentra viviendo como Él nos ha enseñado, viviendo con Él y en Él” (Sermón 231, 5; 233, 4).